

EL OJO DE DIOS

Por su cumpleaños le habían regalado su primer reloj: un Tissot de última generación con pulsera de acero inoxidable, esfera nacarada y un calendario incorporado en un recuadrillo a la derecha, allá donde debía ir el número tres. Las manecillas y el dial estaban hechos de un material luminiscente que refulgía en la oscuridad, y a Irene le gustaba encerrarse en su cuarto con la luz apagada y observar los puntitos fosforescentes surgiendo de la nada, destacando sobre la negrura de las sábanas igual que un enjambre de luciérnagas resplandeciendo en las sombras, igual que las estrellas dispersas en una noche cerrada.

Estaba muy orgullosa de su reloj. En su clase, las únicas que tenían reloj eran Verónica y Mariví, pero ellas dos ya tenían ocho años y habían hecho la primera comunión. Haberlo conseguido al cumplir los siete, como ella, era algo excepcional. Algo que Irene atribuía de una manera vaga e imprecisa al hecho de que sus padres la consideraban mayor. *Mayor*. Ellos sabían que cuidaría bien de ese reloj, que no se lo iba a prestar a alguna otra niña que luego no lo devolvería, que pondría atención en no golpear contra las mesas el cristal de la esfera y que evitaría a toda costa que el agua entrara en el mecanismo bajo la tapa, porque se estropearía sin remedio.

Lo llevaba puesto día y noche, y solo se despojaba de él al atardecer, a la hora del baño. Rufi, la empleada —su madre decía siempre *la criada*—, era quien se encargaba de llenar la bañera de un agua tibia sobre la que derramaba unas gotas de gel *moussant*. Enseguida se formaba una cordillera de espuma algodonosa sobre el lecho del agua, y a Irene le gustaba sumergirse hasta que le brotaban arrugas en las yemas de los dedos. Le divertía mirar las arrugas e imaginar que ya no era una niña, fantasear que era otra, una viejita de sesenta o setenta años, y que todo su cuerpo era así, acorchado y blando. Pero al pensar eso le entraba un poco de miedo y una corriente fría le subía por la espalda, porque ya llevaba mucho tiempo ahí dentro y Rufi, como siempre, la había dejado sola.

Su madre le había prohibido a Rufi abandonarla sin vigilancia en la bañera llena de agua. Se lo había oído decir muchas veces: mencionaba accidentes impensados, desmayos, ahogamientos, y eso a Irene también le daba miedo. Pero Rufi, si sus padres no estaban en casa, aprovechaba ese rato del baño para telefonar a Paco, su novio, que estaba haciendo la mili en Tarragona. Antes de llamar, solía traer de su cuarto la minicadena de música, la enchufaba junto al espejo y dejaba puesta una casete de Julio Iglesias o de Raphael, que eran sus ídolos. A Irene también le gustaban, sobre todo Raphael, pero sospechaba que Rufi ponía la música para que ella no pudiera oír lo que le decía a su novio al teléfono. Se instalaba en el aparato del pasillo y marcaba el número del cuartel; esperaba hasta que alguien al otro lado se ocupaba de avisar a Paco y mientras tanto daba voces sin demasiada convicción en dirección al baño, salmodiando una letanía de instrucciones para Irene. Que se frotara el cuello con la esponja, también detrás de las orejas, que no olvidara los pies; que cuidara de no chapotear ni salpicar fuera de los bordes, que no lo ensuciara todo. Que no se le ocurriera jugar a sumergirse, que ya sabía lo que decía su madre.

Irene contestaba con monosílabos, aunque ni siquiera estaba segura de que Rufi la oyera.

Si Rufi se olvidaba de poner la música, Irene procuraba enterarse de lo que decía al teléfono. Hablaba muy bajito, pero ella aguzaba el oído y lograba entresacar retazos de la conversación. Lo que más le interesaba era cuando Rufi se refería a ella o a sus padres. Una vez la oyó decir que la niña era una repipi —“una sabihonda”, dijo también— y que sus padres deberían andarse con ojo con ella. La niña era ella, eso era seguro, aunque no entendió por qué sus padres deberían andarse con ojo. *Andarse con ojo*. No sabía muy bien qué era aquello. Sonaba raro, amenazante. Pero no se atrevió a preguntar a nadie lo que significaba. Intuía que algo no demasiado bueno.

Cuando no podía escuchar a Rufi, Irene, para entretenerse, jugaba a sumergirse bajo el agua. Justo lo que Rufi le decía que no hiciera. Ahora, como siempre, la criada tardaba demasiado en volver. No había dejado puesta la música, pero hablaba tan bajo que Irene no podía entender nada de lo que decía. Hacía rato que la espuma se había disuelto y ya no podía jugar a esculpir con ella muñecos de nieve, ovejitas mansas, pasteles de merengue crujiente. Se aburría. Además, a Irene, por encima de todo, le molestaba que Rufi desoyera las órdenes de su madre. Alguna vez se le había ocurrido acusarla: revelarle a su madre que la dejaba sola en la bañera y que ponía conferencias a Tarragona y que a veces incluso les criticaba a todos ellos usando palabras feas y enrevesadas. Pero aquello, el chivarse, le parecía demasiado infantil. No sería propio de alguien como ella, alguien que ya usaba reloj. Daría a entender que ella de verdad tenía miedo de quedarse a solas en una bañera repleta de agua, que le asustaban las historias de niños ahogados, de peligros desconocidos, de amenazas de electrocución. Y le parecía desleal, desleal con Rufi. El ser mayor también debía implicar eso: no jugar sucio ni guardarse cartas trucas. Con todo, un íntimo sentido de la justicia le dictaba que Rufi hacía mal dejándola sola y que aquello debía ser compensado en el orden ideal que rige las cosas del mundo. De manera que esas inmersiones prohibidas constituían su solitaria venganza; la transgresión con la que desafiaba la autoridad de Rufi y nivelaba la balanza de la justicia cósmica.

Dejó resbalar el cuerpo poco a poco a lo largo de la superficie esmaltada del respaldo, hasta que el agua le llegó a la punta de la nariz y solo sus ojos y las fosas nasales sobresalían por encima. Entonces se imaginó cocodrilo, fiera furtiva, sigiloso depredador al acecho en un río ancho y marrón; un taimado caimán que se fingía roca inocua, tronco a la deriva, dispuesto a saltar sobre su víctima, la gacela indefensa que bebía despreocupada a la orilla. Tres, dos, uno... ¡Ahora! Irene se incorporó de golpe abriendo mucho la boca y cerrándola enseguida con un entrechocar furioso de los dientes, que produjeron un chasquido metálico al morder el vacío. El vaivén del agua desencadenó un violento oleaje que se derramó por encima de los bordes. Irene se asomó para calibrar la magnitud de los daños. Había puesto el suelo perdido y Rufi tendría que secarlo, pero, por suerte, comprobó que el agua no había llegado hasta la banqueta donde, junto al pijama y la toalla, se encontraba su reloj. Suspiró aliviada y prestó atención: del pasillo le llegaba el rumor monocorde de la voz de la criada al teléfono. Parecía que tenía para rato y ella empezaba a tener frío de verdad.

Volvió a deslizarse el cuerpo poco a poco sobre la porcelana para sumergirse de nuevo. El agua le cubrió los hombros, el cuello, la boca. Echó la cabe-

za hacia atrás con los ojos cerrados y notó el burbujeo del líquido penetrando en sus oídos. Le sobrevino una sensación de mareo y abrió los ojos. Miró el techo para distraerse y buscó la mancha de humedad que veía crecer día a día. Parecía el mapa de Australia, pero hoy los bordes verdosos se habían desgajado por el sur y avanzaban hacia la pared, como los tentáculos de una criatura maligna. Desvió rápido la mirada, y entonces fue cuando lo vio, un poco más a la derecha, casi en la esquina. Un círculo luminoso perfectamente redondo que refulgía sobre el blanco agrisado del techo. Se incorporó para examinarlo con atención. ¿Qué era aquello, de dónde salía? Lo observó durante algunos minutos, pero el círculo se mantenía estático. O casi. Podría jurar que una sutil vibración trepidaba en los bordes, aunque tal vez la que se movía fuera ella, que temblaba por el frío. Cerró los ojos apretando los párpados con fuerza. Los abrió de nuevo y pestañeó dos veces, pero el círculo seguía allí, obstinado, clavado en el mismo punto del techo.

Decidió que se lo enseñaría a Rufi cuando terminara de hablar con su novio. Si es que terminaba alguna vez. Dobló las piernas hasta que las rodillas sobresalieron por encima del agua como volcanes apagados. Tenía la piel amoratada y erizada por el frío, cubierta de un archipiélago de manchas efervescentes de color púrpura. Irene torció la boca en una mueca de repugnancia. Extendió las piernas de nuevo y comenzó a agitarlas por debajo del agua para entrar en calor. Juntó los muslos todo lo que pudo y emparejó los pies con un aleteo subacuático. Ahora era una sirena de los siete mares, de cola escamada y esponjosa cabellera de algas, y la porcelana rosada del fondo de la bañera era su guarida de coral. Ahí afuera acechaba un galeón de temibles corsarios que pretendían llevarla cautiva a la corte del Gran Sultán. Habían encendido el farol de proa para encontrarla en la oscuridad del mar. Irene lanzó una fugaz mirada hacia el círculo luminoso alumbrando desde el techo. ¡Debía ocultarse! ¡Rápido! Respiró hondo, pinzó la nariz con dos dedos y se sumergió de golpe, manteniendo los ojos muy abiertos. A través del agua el techo adquiría una apariencia anegada y brumosa, y no se distinguía ni la mancha de humedad ni los tentáculos del monstruo ni tampoco el círculo de luz del galeón corsario. Ahí abajo le llegaban sonidos acolchados del exterior, voces amortiguadas, misteriosos golpeteos metálicos que se propagaban por los conductos de ventilación, reverberando como las señales de radar de un submarino. Como si desde allí se pudiera escuchar lo que ocurría muy lejos, a muchos kilómetros de distancia, en todo el universo. Abrió la boca y dejó escapar pequeñas burbujas de aire. Le gustaba la quietud de su refugio, saberse protegida y a resguardo. La calma benigna, el profundo sosiego. Sentir la masa de agua envolviéndola como una manta que disipaba el frío y aplacaba el temor.

Le sobresaltó la cadenilla del tapón arañando la piel de la espalda, y se dio la vuelta bajo el agua, con tanto ímpetu que la frente golpeó contra el fondo con la violencia de un martillazo, lo que le hizo soltar una bocanada del aire retenido. Notó de inmediato el ardor en los pulmones, el latido en las sienes, el lento bombeo del corazón. Una especie de elástico tiraba de ella en dos sentidos opuestos: arriba o abajo, el aire o el agua, la pulsión de respirar o el bienestar de saberse a salvo. Seguía teniendo los ojos abiertos; veía ante ella la superficie rosada del fondo, que iba adquiriendo un color desvaído, distorsionado, grisáceo. La cabeza le palpitaba cada vez más fuerte y una presión desconocida ascendía tumultuosa por su cuerpo, desde la boca del estómago hasta la garganta, oprimiéndole el pecho. Algo, un impulso ajeno a su voluntad, le

hizo revolverse y buscar el aire boqueando como un pez. Emergió un instante antes de que Rufi entrara en el baño.

—¿Qué andabas, Irene? —dijo con las manos plantadas en las caderas. Era alta y corpulenta, y vestía un uniforme de faena, una bata larga de color negro que la hacía parecer una sombra—. No estarías haciendo maldades, ¿no?

Echó una mirada al suelo mojado y se le formó una profunda arruga en la frente. Tenía los ojos achinados y unas cejas muy oscuras y pobladas.

—¿Me quieres decir de dónde ha salido tanta agua?

—De la bañera —contestó Irene, recuperando el aliento.

—Qué lista —dijo Rufi mientras asía con fuerza la muñeca de Irene para obligarla a levantarse. Sus manos eran grandes y huesudas como garras—. Una marisabidilla, eso es lo que eres. Te voy a poner a fregar el suelo a ti, y ya verás lo que es bueno. Anda, sal y te secas tú sola el pelo mientras voy preparándote la cena.

—Espera, Rufi, me tienes que decir una cosa.

—¿Qué pasa.

—Mira lo que ha salido ahí arriba —dijo Irene, de pie en la bañera, señalando el círculo luminoso del techo—. No sé qué es eso, ¿tú lo sabes?

Rufi levantó la cabeza para mirar el círculo, después buscó en derredor, hasta que vio la banqueta con la ropa y el reloj de Irene. Sonrió como para sí misma.

—Pues sí que eres lista tú. ¿De verdad no sabes lo que es eso? —preguntó, y se puso seria. Agarró la toalla y esperó hasta que Irene estuvo fuera de la bañera. Envolvió el cuerpo de la niña y se acercó a su oído, como si fuera a confiarle un secreto.

—Es el ojo de Dios —susurró con gravedad.

Irene tragó saliva.

—Cómo que el ojo de Dios —repitió mirando al suelo—. No entiendo.

Rufi le arrancó la toalla y comenzó a secar con ella las baldosas mojadas. La arrastraba de un lado a otro describiendo círculos con el pie, sin agacharse y sin dejar de mirar a la niña.

—Es el ojo con el que Dios mira todo lo que haces. Todo. Tus maldades, tus fechorías, lo que creías que nadie iba a saber. Él lo ve todo con ese ojo que te mira desde el techo, no te puedes esconder. Todo lo sabe, de todo se entera.

Irene recordó lo que les habían dicho en la catequesis. Que Dios estaba en todas partes y que lo podía todo. Era algo que debía aprender si quería hacer la primera comunión cuando cumpliera ocho años. Y ella quería. No le costaba entender que Dios estuviera en todas partes, para eso era Dios. Pero nadie le había dicho que ella también podía ver a Dios desde su casa, desde su baño, en el techo. Podía encarar su ojo, redondo y luminoso, enfrentarse a él. Volvió a tragar saliva con dificultad.

—¿Es como lo que me dijiste de Raphael? —preguntó con un rastro de esperanza.

Rufi retiró el tapón de la bañera. El agua comenzó a escurrirse por el desagüe produciendo un sonido de succión.

—¿Qué te dije yo de Raphael, si puede saberse?

—El día que me dejaste ver la televisión en tu cuarto. Me reñiste porque me estaba andando en la nariz mientras veíamos a Raphael, y me dijiste que lo

mismo que tú y yo lo veíamos en la pantalla, él también podía vernos a nosotras.

Irene aún recordaba la vergüenza que sintió al saber que Raphael, su admirado Raphael, la había visto sacarse un moco y después redondearlo en una pelota endurecida que pegó en el colchón de Rufi. Revivió el sonrojo, el ardor en las mejillas, el arrepentimiento estrujándole el corazón. Pero después su madre le había explicado que aquello no era verdad, que era imposible que los que salían en la televisión pudieran verla a ella también; estaban demasiado lejos, le dijo, como en otro mundo, como en otra dimensión. Aquello tranquilizó a Irene; volvió a sentirse segura sentada frente al televisor, como si en lugar de un sofá en una sala, ocupara un espacio parapetado, un reducto acorazado e invulnerable donde ella fuera la única dueña de sus actos.

—¿Lo del ojo en el techo es como lo que me dijiste de Raphael? —insistió con un hilo de voz.

—Qué va a ser igual —respondió Rufi—. Aquello de Raphael te lo dije en broma. Esto, en cambio, va en serio.

El agua de la bañera terminó de precipitarse en el sumidero con un rugido como de fiera.

—Muy en serio —repitió Rufi antes de encaminarse a la cocina y dejarla sola.

Irene se vistió en silencio. Se puso con cuidado su reloj y se secó el pelo frente al espejo. Todo el tiempo evitó mirar al techo, pero era consciente de la presencia de ese ojo que espiaba cada uno de sus actos, sin posibilidad de refugio ni escapatoria. La habría visto desobedecer a Rufi, sumergirse bajo el agua, salpicar el suelo; a partir de ahora no se atrevería a hacerlo, ya no podría vengarse de Rufi en secreto para restituir el equilibrio del cosmos por su cuenta, ni tampoco soñarse sirena. Los dedos le temblaban al peinarse y una bola de hierro le atenazaba el estómago. Desenredó uno a uno los nudos que normalmente dejaba engordar con desidia hasta que formaban una madeja compacta a la altura de la nuca, pero le costaba hincar el peine y tenía que dar fuertes tirones para deshacer la maraña. Le dolía el cuero cabelludo, le dolían los brazos y empezaba a estar harta. Se preguntó si el ojo podría distinguir desde ahí arriba si ella dejaba algún nudo pequeño, muy pequeño, sin deshacer, camuflado en la espesura de su melena. ¿Hasta dónde llegaba el poder de aquel ojo? ¿Bastaba con que hubiera visto su intención de peinarse como es debido? Con eso ella ya había cumplido. ¿O no? ¿Podía el ojo atisbar hasta el fondo de todo lo que ella hacía, hasta el último minúsculo nudo de su cabellera enredada? Y aún había otra pregunta que casi ni se atrevía a formular: ¿podía ese ojo mirar *también* dentro de ella, saber lo que pensaba? Sintió una especie de vértigo al imaginar esa posibilidad, y prefirió desechar la idea. Antes de salir del baño, con la mano en el interruptor, Irene se atrevió por fin a mirar de nuevo hacia arriba. Pero el ojo había desaparecido, ya no estaba.

En la cocina, Rufi fregaba cacharros bajo el grifo. Le había freído unas croquetas para cenar e Irene empezó a cortarlas con esmero en pedazos pequeños, para liberar el calor encerrado en la masa. No quería quemarse la lengua al masticar y, además, le gustaba observar la columna de humo que se elevaba por encima del plato cuando quebraba la corteza, como un genio escapando de la lámpara.

—Rufi —dijo despacio, mientras desmenuzaba cada croqueta con golpes de cuchillo—, el ojo había desaparecido al salir del baño. Ya no estaba.

Con el tenedor en la mano izquierda, agitó el humo liberado, haciendo que describiera intrincados arabescos en el aire. Era un genio libre, un genio alborozado y feliz porque ella lo había sacado de su encierro; revoloteaba sobre el plato con piruetas de júbilo para mostrarle su agradecimiento.

Rufi cerró el grifo y se dio la vuelta para mirar a Irene.

—¿Qué? ¿Había desaparecido? —Se secó las manos en la bata negra y miró al techo. Se sonrió otra vez sin que la viera la niña, con una sonrisa interior, como concentrada en un propósito secreto—. Pues claro. Había desaparecido del baño para venir a esperarte aquí. Míralo.

Señaló hacia arriba con la barbilla. El círculo se desplazaba de un extremo a otro de la cocina, como si estuviera inquieto o como si buscara algo. Irene, al verlo, se quedó paralizada y dejó de agitar el tenedor sobre la comida. Y el círculo, como si al fin la hubiera encontrado, también quedó fijo en un punto. Inmóvil. Vigilante.

Irene trató de aparentar serenidad y se inclinó sobre el plato. Se puso a comer dócilmente las croquetas, olvidando a su amigo el genio liberado, que ya se había disipado en el aire frío de la cocina. De pronto los ojos le ardían; había pasado demasiado tiempo bajo el agua y sentía el efecto del jabón, del cloro. No era otra cosa, no eran lágrimas. Porque ella era mayor; no iba a tener miedo, no iba a llorar.

—Vete acostumbrándote —sentenció Rufi con lentitud—. De ahora en adelante va a estar siempre ahí, siguiéndote de un sitio a otro. Comprobando todo lo que haces. No vas a tener manera de escaquearte, por muy listilla que seas.

La criada se acercó por detrás y le puso una mano sobre el hombro. A Irene le pareció que pesaba como una lápida.

—Así que más te vale andarte con ojo —añadió, y se echó a reír, como si hubiera dicho algo muy gracioso. Pero a Irene esa risa le cortó la respiración, porque recordó aquello que decía Rufi al teléfono, que sus padres deberían *andarse con ojo*. Todo aquello componía un confuso mensaje que era incapaz de comprender del todo, pero en el que intuía agazapado el peligro, la amenaza, la pérdida de algo muy valioso cuyo nombre ella ni siquiera habría sabido pronunciar.

Se oyó el ruido de la puerta de entrada, el tableteo de los tacones en el pasillo. Irene tragó rápidamente el último trozo de croqueta y corrió a recibir a su madre cuando entró en la cocina. Se abrazó a sus piernas y hundió la cabeza en su vientre. Ella le acarició el pelo.

—¿Te has portado bien? ¿Ya has cenado?

Irene respiró profundo, sin decir nada. Imaginó la mancha pequeña y plateada a su espalda, en el techo, justo por encima de ella, presenciando la escena.

—Pero bueno, qué amores son estos. Suéltame, anda, que ya estás mayor para mimos.

Irene continuó con la mejilla tercamente enterrada en la falda de su madre. Había dejado de importarle parecer mayor.

—Pero ¿qué te pasa?

—Tengo miedo, mamá —dijo, por fin, muy bajito, y se preguntó si el ojo también podría oírla.

—Cómo que tienes miedo. —La mujer se liberó del abrazo para encarar a su hija. Le sujetó el mentón e hizo que la mirara. —¿De qué?

—Del ojo de Dios.

—¿El ojo de Dios? —repitió su madre, pero dirigiéndose a Rufi, que recogía la mesa.

—Está ahí —señaló Irene, levantando la mano hacia el techo—. Me ha dicho Rufi que puede ver todo lo que hago.

—Era broma, tonta —terció Rufi con un ligerísimo temblor en la voz—. No me digas que no sabías que era una broma, con lo lista que eres. ¿No te das cuenta de que es el reflejo de tu reloj?

Se acercó, aferró el brazo de Irene y comenzó a menearlo.

—Mira, ¿ves cómo se mueve el círculo en el techo? Eres tú la que lo crea, no hay ojo que valga, solo eres tú. Tu reloj nuevo. No hay misterio.

Irene se desasió de la mano de Rufi con una brusca sacudida. Vio cómo el círculo en el techo reproducía la trayectoria errática de su brazo. Vio cómo se detenía en un ángulo muerto cuando ella dejaba caer la mano, exangüe, rendida. Vio cómo Rufi tensaba los músculos del mentón y miraba a su madre y después la miraba a ella con los labios apretados, como sin atreverse a respirar. Vio cómo su madre fruncía el ceño y abría la boca para decir algo, algo que ya no quiso oír.

Comprendió que, efectivamente, no hay misterio.

Por la noche, al acostarse, Irene, como quien se libra de un pesado grillete, se quitó el reloj y miró por última vez los números centelleantes. Después lo guardó en la mesilla y cerró con fuerza el cajón. Permaneció con los ojos abiertos en la oscuridad, y pensó que, al menos, no habría quien vigilara la manera en que saldaba cuentas con Rufi en la bañera. Estaría de verdad sola. A través de la madera se oía, amortiguado, el tictac incesante del reloj. Recordó el eco indescifrable de los sonidos al hundirse bajo el agua turbia, la tranquila quietud que había experimentado al sumergirse en lo más profundo, y entonces anheló soñarse de nuevo fiera despiadada, insondable anciana, sirena ondulante de cabellos enmarañados; una afligida sirena silenciosa, férreamente anclada a su roca, cautiva bajo el inmenso peso del agua.

Elena Alonso Frayle